mis rigores engañados.
SANCHO. ¿Y qué hay de Sancho? ¿quedóse
por entrar con tantos reyes?
Servir siempre, y siempre pobre
ya es cosa vieja en palacio.
CONDE. A mí es justo que me toque
tu premio, y yo te le ofrezco.
SANCHO. Dios te libre de traidores.
CONDE. El nacer con buena estrella,
Sancho, en todas ocasiones
es defensa en los peligros
y mérito en los favores.
Si esta comedia la tiene,
se verá en los que la oyen,
perdonando nuestras faltas
y animando mis temores.

SIEMPRE AYUDA LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.

PERSONAS

DON VASCO DE ACUÑA.
REY DON PEDRO *de Portugal.*
ROBERTO, *príncipe de Polonia.*
TRISTÁN DE SILVA.
TELLO, *gracioso.*
DOÑA BLANCA, *dama.*
BEATRIZ, *criada.*
EL CONDESTABLE.
DOÑA ELENA, *dama.*
CONSTANZA, *criada.*
NUÑO PEREIRA.
DUARTE DE ALMEIDA.
DON PEDRO.
MACEDO.
UN CRIADO [1].

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El REY DON PEDRO *y* VASCO.

VASCO. El de Polonia ofendido
se ha de mostrar si le amparas.
REY. ¿Pues quién de un rey se ha valido,
si en la obligación reparas,
Vasco, que no lo haya sido?
¿Y quién es tan inhumano,
aunque aborrezca á su hermano,
que le pese de su bien?
VASCO. Ya deja de serlo quien
fué con su sangre tirano.
REY. Mas puesto que á imaginar
que es tirano te acomodas,
pues debes considerar
que no son verdades todas
las que pasan por la mar.
Cuando el desengaño importe
poco se puede perder,
pero dentro de la corte
sabes tú que no hay poder
que las venturas reporte.
Aquí por sus voluntades
reparten las dignidades
oficios y provisiones,
que con locas disensiones
andan á inquirir verdades [2].
No hay honor seguro aquí.
VASCO. Ya viene Roberto.
REY. Advierte
que éste se ampara de mí.
VASCO. Pues me toca obedecerte,
tomaré ejemplo de ti.

ESCENA II

DICHOS *y* ROBERTO, *galán, de camino.*

ROBERTO.
Vuestra alteza me dé los pies.
REY.
Roberto,
los brazos, al valor vuestro debidos.
ROBERTO.
Dichoso yo, si en ellos hallo el puerto
que me han negado bárbaros oídos;
si en esta información, temor incierto
aquélla de enemigos atrevidos,

[1] Además figuran en la comedia OCTAVIO y SOLDADOS.

[2] Este pasaje es casi ininteligible. Hartzenbusch lo alteró; pero no pudo hacerlo mucho más claro.

y éste del Rey mi hermano, me han forzado
á vivir fugitivo y desterrado.
Mas ya, Pedro invictísimo, que veo
á vuestros pies pasada mi fortuna,
no tengo que pedir á mi deseo
ni de tantas envidias queja alguna.
La antigüedad pintaba á Prometeo
oro robando al sol, plata á la luna;
después, atado en ásperas montañas,
un águila rompiendo sus entrañas:
este fiero castigo mereciera
quien la corona de oro hurtar pensara
al legítimo rey, y hasta su esfera
Faetonte, loco de ambición, llegara
á los rayos de un rey, alas de cera,
cual Icaro atrevido fabricara,
que no sembrara en cándidas espumas
soberbias locas, ni ambiciosas plumas.
No suele en verde prado álamo solo
esmaltarse de pájaros parleros
para dormir cuando se acuesta Apolo,
como lo estaba el Rey de lisonjeros;
debe de ser estrella de aquel Polo,
aunque hay muchos muy nobles caballeros
darles los reyes fáciles oídos,
que han de estar de diamantes guarnecidos.
¿Yo pretender el Reino? ¿yo la muerte
de Vencislao? ¡Traidores! por Dios vivo
que me transforma la maldad de suerte
que en tus respetos de razón me privo;
mas pues mi yedra halló muro tan fuerte,
traspuesta en ti de su lugar nativo,
agradecido á la piedad del cielo
aun de la misma envidia me consuelo.

REY. Estoy, con haberte visto,
seguro de tu valor;
que es poderoso un traidor
á hacer á un noble mal quisto.
Yo seré de hoy más Roberto,
pues quieres vivir conmigo,
para tus penas amigo,
para tus fortunas puerto.
Cánsese la envidia en vano,
que, pues le fuiste leal,
vivirás en Portugal
seguro del Rey tu hermano.—
Vasco.

VASCO. Señor.

REY. Hoy contigo
descuidaré mi cuidado;
hoy á Roberto te he dado
por huésped y por amigo.
Regálale y entretén
su persona con mi amor.

VASCO. Y con el mío, señor,
quien le merece también.

ROBERTO. Beso los pies de tu alteza
mil veces, Rey español,
que bien te ilustran por sol
rayos de tanta grandeza.

REY. Que es mi persona creed,
Vasco de Acuña.

VASCO. La hechura
soy de esos pies. (*Vase el* Rey.)

ESCENA III

ROBERTO *y* VASCO.

ROBERTO. ¿Qué ventura,
qué honor, qué mayor merced,
que darme para señor
y huésped tal caballero?

VASCO. Serviros, Roberto, espero
con la voluntad y amor
que el Rey, mi señor, me manda,
y lo que vos merecéis:
porque la envidia que veis
en vuestra patria, ha de ser
en Portugal amistad.

ROBERTO. Los pies mil veces me dad,
si los puedo merecer.

VASCO. Dejad ahora humildades;
y pues habéis descansado,
y ya lo estáis del cuidado
de tantas adversidades,
venid á ver la ciudad,
sus damas y caballeros.

ROBERTO. No tengo más que ofreceros
después de la libertad.

ESCENA IV

DICHOS *y* TELLO.

TELLO. Que el Rey se fuese esperaba,
para hablarte.

VASCO. Tello, advierte
que Roberto, aquel hermano
del rey de Polonia, es éste
que anteayer desembarcó,
quiere el Rey favorecerle
y diómele por amigo,
con el cuidado de huésped.

TELLO. No ha mostrado en eso el Rey,
lo que dicen que te quiere.

VASCO. Antes sí, que es honra mía
la que él de amparalle tiene.
En casa de un hombre mozo,
¿qué cuidado darle puede
un huésped también mancebo?
¿Qué ha de quitarme ó ponerme?—
Di presto á lo que venías.

TELLO. Luego tú, señor, ¿no adviertes
que has de gastar cada día
mil escudos?

VASCO. Gaste veinte.—
Di presto, necio:

TELLO. Si estás
tan liberal, ¿qué prometes
á un papel de doña Blanca?

VASCO. Mil abrazos que te aprieten
amorosamente el pecho.

TELLO. Menos amorosamente
tomara yo diez escudos:
probarte quise, no esperes
favor de Blanca en tu vida.

VASCO. Tello amigo, si le tienes
sírvete deste diamante.

TELLO. Ahora amante pareces.
Toma este papel, señor,
y haz cuenta que me le debes,
porque la dije que estabas
de rondalla seis ó siete
noches, con un notable
y peligroso accidente
que no podías comer,
ni dormir, ni estar alegre;
que te daban parasismos,
y que remedio te diese.
Con esto, la escribanía
le truje atrevidamente,
y hincándome de rodillas
á la mano y al bufete,
en cuya mano el papel
y la pluma me parecen
todo plata y yo la tinta
y el ébano de una suerte.
Corrió al fin por el papel
una azucena seis veces:
tantos fueron los reglones,
tantos diamantes me debes.
(*Lee* Vasco.) «Dice Tello que no estáis con salud; bien parece que es la mía, pues la tratáis tan mal.»
¡Jesús!

TELLO. ¿Qué has visto?

VASCO. Un favor
tan grande, que me enloquece,
su salud dice que es mía.

TELLO. Muérete, y verás si miente.
(*Lee* Vasco.) «Mirad, que si no deseáis venir, me mataréis á mí.»
¡Acabóse!

TELLO. ¿Qué, el papel?

VASCO. No, sino cuanto favor
pudo merecer mi amor.

TELLO. Pues algo más viene en él.
(*Lee* Vasco.) «Como es imposible ir á curaros, va mi retrato con poder de sustituir en cualquier atrevimiento.»
¿Pues perro, aquesto traías?

TELLO. ¿Perro soy?

VASCO. Muestra el retrato.

TELLO. No le verás tan barato
como el papel.

VASCO. ¿Pues porfías?

TELLO. ¿Qué me has de dar?

VASCO. El vestido
con que á la muestra salí
con el ejército.

TELLO. Aquí
tienes del mejor sentido,
la luz, la vida y el ser;
aquí de Blanca, cifrado
el rostro, y aquí el traslado
de la más bella mujer
que formó naturaleza.
(*Dale un retrato.*)

VASCO. Por mí de manera hablaste
que todo mi amor cifraste
y el cielo de su belleza.
Mas di, ¿qué quiere decir,
por no parecerle ingrato,
que tiene aqueste retrato
poder de sostituir?

TELLO. No has hecho tales agravios
á tu ingenio como ahora:
da poder esta señora
á sus ojos y á sus labios,
que en este retraro están,
á cualquier atrevimiento
que tenga tu pensamiento
como de ausente galán.
¿Haslo entendido?

VASCO. Y me admira,
Tello, tan nuevo saber,
quisiérale responder;
pero Roberto nos mira,
que debe de estar cansado
deste discurso amoroso.—
Perdonad, que fué forzoso
hablar con este criado.

ROBERTO. No me tratáis como amigo,
si es que lo habemos de ser.

VASCO. Yo os quisiera entretener;
venid, Roberto, conmigo,
que cuando por ocasión
que yo os voy apadrinando,
para que vos vais pagando
visitas de obligación,
no ha de haber dama en Lisboa
que esta tarde no veáis.

ROBERTO. Dos grandezas me enseñáis
que todo el mundo las loa;
y el cielo, con mano franca,
hizo en tanta perfección.

VASCO. ¡Oh, que dichosa ocasión,
Tello, para ver á Blanca!

TELLO. Extremada dicha ha sido.

VASCO. Pensando voy con recato
en mi divino retrato.

TELLO. Y yo en mi humano vestido.
(*Vanse y salen* Blanca *y* Elena.)

ESCENA V

DOÑA BLANCA *y* DOÑA ELENA, *damas.*

BLANCA.

Seguramente puedes
decirme tu cuidado.

ELENA.

Y yo lo quedo
de que admirada quedes.

BLANCA.

¿Cómo de efectos amorosos puedo
admirarme, aunque vea
que á su hijo Semiramis desea?
Amor, los elementos
en dulce unión enlaza; amor, conforma
extraños pensamientos;
amor, valientes Hércules transforma
en actos mujeriles,
y en fuerza de Sansón, ánimos viles.
Amor, sin pesadumbre,
corta del mar las olas arrogante,
y por pequeña lumbre,
tan abrasado llega un ciego amante,
que entre Sesto y Avido
quedó el Estrecho en fuego convertido.

Amor, con una espada
halló camino á verse con la muerte,
dos almas que la airada
fortuna dividió, porque tan fuerte
pasión, no resistida,
tiene por gloria despreciar la vida.

ELENA.

El día, Blanca hermosa,
que fuiste al mar, y el de Polonia vino,
cuando por la arenosa
playa, cubriera damas el camino,
en él puse los ojos
libre de imaginar tantos enojos.
Fué cosa en mí tan nueva
el ver que un extranjero me agradase,
que no pudo hallar prueba
amor, que más sus fuerzas confirmase;
pues la ciudad tenía
tan altas ocasiones aquel día.
Verle otra vez deseo:
mis imaginaciones cultivando
aquel primer empleo,
por ventura se irán desengañando;
que es bien que se resista
tanto valor de la primera vista.

BLANCA.

No estés tan descontenta,
Elena, de tu gusto por extraño,
pues que la griega atenta
al capitán de Troya y de su engaño
con más fácil conquista
rindió su amor á la primera vista.
No haya miedo que abrase
á Lisboa tu amor como ella á Troya,
ni que á cuidado pase;
que allí la admiración de tanta joya
por tan ricos despojos
hizo á la voluntad abrir los ojos.
Otra vez que le veas
conocerás tu error y desatino.

ELENA.

¡Ay, Blanca!, no lo creas;
pienso que por mi mal á España vino,
y más si á pensar llego
que saliese del agua tanto fuego.

ESCENA VI

DICHOS y BEATRIZ, *criada*.

BEATRIZ. Una visita notable
pide, señora, licencia
para besaros las manos.
ELENA. ¿Es á mí, ó á la Condesa?
BEATRIZ. Claro está que es á las dos.
BLANCA. ¿Quién es, Beatriz, que te fuerza
á venir con tanto brío
y priesa tan descompuesta?
BEATRIZ. Aquel Príncipe extranjero
que dicen que á nuestra tierra
viene huyendo de su hermano.
BLANCA. ¿Roberto?
BEATRIZ. El mismo.
BLANCA. ¿Qué intenta?
BEATRIZ. Cumplir con su obligación.
BLANCA. ¿De qué te pones suspensa?
ELENA. ¿Quieres que de aquí me vaya?
BLANCA. ¿Qué pierdes en que te vea,
demás de ser necedad
cuando tú verle deseas?

ESCENA VII

DICHOS, ROBERTO, DON VASCO y TELLO.

VASCO. No os parezca atrevimiento,
señoras, que á veros venga:
de Roberto soy padrino.
ROBERTO. Bien dice, que no pudiera
ver al sol sin tanto amparo.
BLANCA. No sé cómo os agradezca
tanto favor y merced.—
¿Viene bueno vuestra alteza?
ROBERTO. Tan mal me ha tratado el mar,
como ahora bien la tierra.
VASCO. ¿Qué os parece destas damas?
ROBERTO. Que es de la hermosura reina
la condesa Doña Blanca.
VASCO. Mi señora Doña Elena,
es su prima.
ROBERTO. Bien parecen
ser de un mismo cielo estrellas.
BLANCA. ¿Habrá vuestra alteza visto
muchas damas?
ROBERTO. No quisiera
serles ingrato en decir
que todas son sombra vuestra.
BLANCA. ¿Qué os parece de mi prima?
ROBERTO. Lo que es justo que parezca,
una estrella junto al sol;
junto á un diamante una perla,
junto á una palma un laurel.
ELENA. Los ojos Blanca le lleva;
no pienso que se me inclina.
VASCO. La visita ha sido necia;
que Roberto en Doña Blanca
tan tiernamente se eleva,
que le bebe la hermosura,
como dicen los poetas.
TELLO. Mientras sus divinas amas,
señora Beatriz, emplean
sus altos entendimientos
en demandas y respuestas;
mientras que juzgan facciones
y envidias en competencia
tan altas discreterías
entre donaires y veras,
escucha un necio amador,
ansí nunca en tal se vea,
dos pares de necedades.
BEATRIZ. O me burla, ó me requiebra;
si me burla, ¿qué vió en mí
que de burla le parezca?;
si me requiebra, ¿á qué efeto
pretende que yo le quiera?
TELLO. Doncella de tu señora,
por este nombre doncella,
requiebros son, que no burlas.
BEATRIZ. Pues diga, que estoy atenta.
TELLO. Don Vasco de Acuña...
BEATRIZ. Bien.
TELLO. Quiere á Blanca, y pienso que ella
le quiere á él.

BEATRIZ. Puede ser
que Blanca también le quiera.
TELLO. ¿No me entiende?
BEATRIZ. No le entiendo.
TELLO. Debo de hacer mala letra;
que me quiera y la querré.
BEATRIZ. ¿Cierto?
TELLO. Sí.
BEATRIZ. ¿Sobre qué prenda?
TELLO. ¿Luego pide matrimonio
á la pregunta primera?
BEATRIZ. ¿No le hiciera Dios merced
en casarse?
TELLO. Beatriz bella,
como saliera el melón;
que tal vez quien más lo piensa,
ó lleva un duro pepino
ó alguna floja badea;
pero casados tú y yo,
pienso, Beatriz, que parieras
algún montante de esgrima.
VASCO. La primer visita es esta:
no será razón cansaros.
ROBERTO. ¡Qué presto las dichas cesan!—
¿Queréisme oir vos, señora?
ELENA. ¿Qué me manda vuestra alteza?
ROBERTO. Decilde á Blanca que voy
sin alma, y que si pudiera
fuera reina de Polonia.
ELENA. ¡Qué desdicha! (*Ap.*)
ROBERTO. ¡Qué belleza! (*Ap.*)
VASCO. Celoso voy de Roberto.
BLANCA. No hay cosa humana que pueda
sacaros de adonde estáis.
VASCO. De lo que he dicho me pesa.
TELLO. ¿Cómo quedamos, Beatriz?
BEATRIZ. Tello, como tú me quieras,
soy tuya.
TELLO. A tanto favor
mis sentidos hagan fiesta,
ponga el alma luminarias,
corran toros mis potencias.
(*Vanse* Tello, Roberto y Vasco.)

ESCENA VIII

BLANCA, ELENA y BEATRIZ.

BLANCA. Paréceme que has quedado
triste.
ELENA. ¿No tengo razón,
si he visto con la afición
que Roberto te ha mirado?
De la visita he medrado,
Blanca, notables consuelos
para mis necios desvelos;
porque si en la fantasía
solamente amor tenía,
ya tengo amores y celos.
No he visto tal desatino
como tenía en mirarte,
sin que Vasco fuese parte
para impedir su destino;
luego al despedirse vino
á decir que te dijese
cómo iba sin alma, y fuese
con la mía en su lugar,
que yo se la quise dar
para que alguna tuviese.
BLANCA. Elena, cuando mi amor
don Vasco no mereciere,
segura estoy que no hiciere
á un extranjero favor:
en el hidalgo mejor
del mundo estoy empleada;
ama y vive descuidada
de tener celos también;
que de parecerle bien
á quererle, hay gran jornada.
(*Vanse* Blanca y Beatriz.)

ESCENA IX

ELENA.

Extraña desdicha ha sido
que de Blanca se agradase
y que apenas me mirase
mirándola divertido;
pero pues me ha prevenido
para hacerme su tercera,
aunque mi gusto prefiera
á mi honor, viendo que muero,
sin que sepa que le quiero
tengo de hacer que me quiera. (*Vase.*)

ESCENA X

REY y TRISTÁN.

REY.

No me deja el dolor, como si fuera,
Tristán de Silva, aqueste el primer día
que vió aquel ángel la dorada esfera
de su inocente y pura jerarquía:
admírese el amor de que no muera
quien perdió su adorada compañía,
y yo que vivo, en tanto mal me veo,
pienso que basta, que morir deseo.
Si á doña Inés de Castro, tan airado
mató mi padre, cuya muerte injusta
en los fieros traidores he vengado
por ley de amor y por sentencia justa,
en sombras me aparece, y mi cuidado
de adorar su divina imagen gusta,
¿por qué te admira la tristeza mía?

TRISTÁN.

Porque cual es el sol, tal es el día.
Si estás triste, señor, por la sangrienta
historia de tu Nise lastimosa,
que el coro de los ángeles aumenta,
con muerte tan atroz y rigurosa,
¿cómo no quieres que tu reino sienta
tu misma pena?

REY.

Mi querida esposa
no me deja alegrar.

TRISTÁN.

Ni el reino puede
viendo que tu pesar lo justo excede.
Ya en público teatro, coronada
reina de Portugal, después de muerta,
fué la divina doña Inés jurada,

de telas de oro y de dolor cubierta;
y el pecho que pasó cobarde espada
del alma noble dolorosa puerta
gozó tus brazos; ¡ánimo excesivo,
con una muerta desposarse un vivo!
De tu venganza y deste dolor fiero
tan sangriento y cruel, señor, quedaste,
que tiembla Portugal, de aquel severo
rostro que desde entonces le mostraste,
confieso que la causa fué primero,
mas ya los homicidas castigaste;
tres reyes Pedros tiene agora España
y todos tres crueles, ¡cosa extraña!
Mas si el de Aragón y el de Castilla
por justicieros este nombre tienen,
en Zaragoza aquél, éste en Sevilla,
diferentes renombres te convienen,
tu tristeza á tu reino maravilla:
fiestas en mar y tierra te previenen,
alégrate, señor.

REY

Si yo pudiera
olvidarme de mí, posible fuera.

ESCENA XI

DICHOS, ROBERTO, VASCO *y* TELLO.

ROBERTO. Todo el mundo está cifrado
en esta insigne ciudad;
de toda su variedad
la quinta esencia ha sacado
la bella naturaleza.
VASCO. Bien la podéis alabar,
si por tanto varïar
se conoce su grandeza.
ROBERTO. Como grandes edificios,
adornan á las ciudades
riquezas y cantidades
de mercaderes y oficios.
¿No hay aquí Universidad?
VASCO. En Coimbra está fundada
donde se aumenta, adornada
de una y otra facultad,
hasta música y poesía.
TELLO. Y advertid, que no es acá
como en Castilla, que es ya
una vulgar tiranía.
Un cierto componedor
me avisó con la estafeta
de que ya todo poeta
tiene un teniente asesor:
uno escribe y otro firma,
y así salen las sentencias
con notables diferencias.
ROBERTO. Esa grandeza confirma
la riqueza de su mar,
sus damas, calles y galas.
VASCO. No eran las dos rubias malas.
ROBERTO. Nada me pudo agradar
como la Blanca que vi.
TELLO. ¡Guarda fuera!
VASCO. No es tan bella
como la hacéis.
ROBERTO. Una estrella,
un sol en sus ojos vi.
TELLO. Un diablo fuera mejor.
VASCO. ¿No era más hermosa Elena?
ROBERTO. Hasta el nombre me da pena,
que tiene trágico amor.
VASCO. ¿La morena casadilla
no es hermosa?
ROBERTO. Blanca es blanca;
y en diciendo doña Blanca
el sol á sus pies se humilla.
TELLO. (Aderézame esa novia.)
ROBERTO. Hay en las dos mas distancia
que desde Polonia á Francia,
y desde España á Moscovia.
TELLO. (Mala mosca te dé, amén,
y á quien te trujo de allá.)
VASCO. Doña Bernarda de Sá,
yo sé que os parece bien.
ROBERTO. ¿Quién puede tener igual
con Blanca?
TELLO. (Estés blanqueado
con cal viva por un lado
y por el otro con sal.
El está fuera de sí,
no lo sacará de Blanca,
si una tenaza le arranca.)
VASCO. (*Aparte.*) (¡Celos, qué queréis de mí!)
Doña Elvira de Miranda
es bellísima mujer.
ROBERTO. Con Blanca no puede ser,
porque como Venus manda
los Amores y Cupidos
que andan repartiendo flechas.
TELLO. (Cuatro te pasen derechas
los ojos y los sentidos.)
VASCO. ¿Cómo negarme podéis
la hermosura y bizarría
de doña Ana Estefanía?
ROBERTO. Con las gracias que sabéis
de doña Blanca divina.
TELLO. ¿Qué le porfías? (*Ap. á su amo.*)
VASCO. ¡Ah cielos!
TELLO. Mayores haces tus celos
si él tu cuidado adivina.
REY. Este Roberto, Tristán,
es un Príncipe que puede
heredar.
TRISTÁN. Por eso excede
la envidia de los que están
á la mira del suceso.
REY. Si mi hermana Isabel fuera
legítima, se la diera.
TRISTÁN. Que no te he visto confieso,
humilde en otra ocasión,
ni aun la merece mirar
si acabase de heredar
su reino.
REY. Tienes razón.
TELLO. El Rey está aquí.
ROBERTO. Señor,
Vuestra alteza me perdone.
REY. No es menester que os abone,
Roberto, más que mi amor.
ROBERTO. Un siglo me ha parecido
que no veo á vuestra alteza.
REY. Consuelo de mi tristeza
el veros hubiera sido.

VASCO. Tello, yo pierdo el juicio
de ver este hombre sin él.
TELLO. De que es lindo cascabel
me ha dado su amor indicio,
que viendo diez mil mujeres
esta sola le apasiona.
VASCO. Tiene tan linda persona
Blanca.
TELLO. ¿Disculparle quieres?
VASCO. Tiene tan lindo mirar
que lleva el alma tras sí.
Gesto que me ha muerto á mí,
¿á quién no podrá matar?
Con dos armas extremadas
de hermosura, amor, conquistas,
unas que mataron vistas,
y otras después de miradas.
Blanca, en viéndola, segura
tiene el alma en la prisión
que parte jurisdicción,
con el cielo su hermosura.
TELLO. Mi dicha el cielo mejore,
porque bien sé yo que ha estado
en que no tuvo criado
que de Beatriz se enamore.
REY. ¿Cómo os ha ido estos días
con el huésped?
ROBERTO. Con exceso
me ha regalado.
VASCO. Confieso
que las humildades mías
afrentan la voluntad,
vuestra alteza está culpado
si no ha sido regalado
conforme á su calidad.
REY. Yo se de vuestro valor
Vasco, que yo no pudiera
hacer más.
VASCO. Que yo quisiera
sabe Roberto, señor,
que mi amor ha conocido.
ROBERTO. De todo estoy obligado;
Vasco de Acuña ha mostrado
ser hombre tan bien nacido.
REY. ¿Qué os parece la ciudad?
ROBERTO. Que aún es mayor que la fama
que por antigua la llama
su nobleza y calidad.
Desde el Tajo por la orilla
del mar tendido se ve
que viene á besarla el pie
de los montes de Castilla.
Mucho me alegré de ver
naves de tantas naciones;
mas ¿dónde hallaré razones
si quisiera encarecer
de sus hidalgos las galas,
de sus damas la hermosura,
sin ponerme en aventura
de Paris con Juno y Palas?
Que una Venus vi tan bella,
que el premio á todas llevaba.
REY. ¿Quién por mi vida?
VASCO. Repara
Tello, en lo que dice della.
ROBERTO. Blanca se llama, señor.
REY. ¿La condesa de Ademira?:
con justa causa se admira.
TELLO. No era para mina amor.
VASCO. ¿Por qué?
TELLO. ¿No lo ves aquí?
No sabe encubrir el fuego.
VASCO. Nuestro huésped anda ciego
y no es bueno para mí.
REY. En fin, ¿la habéis visitado?
ROBERTO. Y la comienzo á servir.
REY. De Blanca os puedo decir
que estaréis bien empleado.
De la casa de Mendoza,
de Castilla fué su madre;
la calidad de su padre
tantos privilegios goza
que yo solo soy mejor.
ROBERTO. Principios ahora han sido,
aunque estoy favorecido.
TELLO. ¿Oyes aquello, señor?
VASCO. Callo, porque estoy culpado.
REY. Que os entretengáis así
estimo mucho.
ROBERTO. Yo fuí,
de Vasco de Acuña honrado,
donde tuve esta ventura.

(*Vanse el* Rey *y* Tristán.)

ESCENA XII

DON VASCO, ROBERTO *y* TELLO.

VASCO. Mal habéis hecho, Roberto,
en haberle descubierto
que amáis á Blanca.
ROBERTO. Es locura
todo amor, y yo lo estoy.
VASCO. Pues, Roberto, no lo estéis,
que un competidor tenéis
tan bravo, á fe de quien sois,
que os ha de costar cuidado.
ROBERTO. Del rey abajo, ninguno.
VASCO. ¿No podría ser que alguno
que la amase y fuese amado
se declare con vos?
ROBERTO. No,
que soy yo muy diferente.
VASCO. Vos no sabéis con la gente
que tratáis.
ROBERTO. Presumo yo
que es un Cid todo español.
VASCO. ¡Vive Dios que hay portugués
que pondrá el sol á sus pies
si se le igualase al sol!
Reyes tendrán por esclavos,
porque cuando no lo fueran,
del rey D. Pedro aprendieran
que los enseña á ser bravos.
Desenterró á doña Inés
y con ella se casó
después que la coronó,
porque esto es ser portugués,
y los hidalgos, Roberto,
que son de tan buena ley,
harán lo mismo que el Rey:
no digáis que no os advierto.

ROBERTO. El que mi huésped no fuera
no me hubiera hablado ansi:
advertid que á Blanca vi
y que basta que me quiera
para aventurar la vida.
Pero decidme quien es
ese bravo portugués,
que yo haré que no me impida.
VASCO. Pues yo haré que os venga á hablar.
ROBERTO. Cuanto no [sea] el Rey prefiero.
VASCO. No es el Rey.
ROBERTO. Pues ya le espero.
VASCO. ¿Dónde?
ROBERTO. A la orilla del mar.
VASCO. ¿Con qué armas le diré?
ROBERTO. Con daga y espada.
VASCO. Irá.
ROBERTO. Yo voy á aguardarle allá;
y en la campaña veré
lo que son los portugueses.
VASCO. Pues id, que á llamarle voy.
(*Vase* Roberto.)

ESCENA XIII

D. VASCO y TELLO.

TELLO. ¿Qué intentas?
VASCO. Perdido estoy.
TELLO. De que crédito le dieses,
en lo del favor te culpo;
que es extranjero y haría
favor de la cortesía.
VASCO. En el favor le disculpo.
TELLO. ¿Vaste?
VASCO. No me digas nada. (*Vase.*)

ESCENA XIV

TELLO.

Puesto quedo en confusión:
¡que por tan necia ocasión
saque don Vasco la espada!
Roberto estará ignorante
de competidor igual,
cuando vea al general
don Vasco amante y diamante.—
El Rey es este, ¿qué haré?

ESCENA XV

TELLO *y el* REY.

REY. ¿Quién sois hombre?
TELLO. Soy criado
de Vasco de Acuña.
REY. Honrado
dueño tenéis
TELLO. Ya lo sé.
REY. ¿De qué le servís?
TELLO. Señor,
un pobre soldado fuí
que en la guerra merecí
que me hiciese algún favor.
Después que vinimos della
salgo de noche con él.
REY. ¿Qué lleváis?
TELLO. Solo un broquel,
y esta hoja, que con ella
he muerto diez castellanos;
y esto á vista del de Acuña,
y otros tantos por la uña
se escaparon de mis manos.
REY. ¿Diez castellanos? mirad
lo que decis.
TELLO. ¿Esto admira?
REY. Pocos son para mentira
y muchos para verdad.
¿Y dónde de noche va
el general?
TELLO. Gran señor,
tiene un poquito de amor
que pesadumbre le da.
REY. ¿Goza?
TELLO. No señor.
REY. ¿Quién es,
porque á estar en posesión,
ni aun al Rey era razón
decirlo?
TELLO. Beso tus pies...
Doña Blanca de Mendoza
es por quien Vasco suspira.
REY. ¿Pues cómo Roberto mira
lo que don Vasco no goza?
TELLO. Aquí le ha avisado ya
que tiene competidor,
y con saberlo, señor,
resuelto en quererla está,
y yo en que sepas de mí
la verdad de lo que pasa.
Vasco de celos se abrasa
y dijo á Roberto aqui
que le quería enseñar
quien es su competidor
y fué á aguardarle, señor,
á las orillas del mar.
Y el general irá luego
donde á costa de su daño
ha de ver el desengaño;
que lo remedies te ruego.
REY. Bien se yo que Vasco es hombre
de valor.
TELLO. Cuerpo de tal,
es tan hombre el general
que sólo basta su nombre.
Yo le vi partir un moro
por la mitad, de un revés.
REY. Buen revés.
TELLO. De portugués.
REY. Aunque deslustre el decoro
real, no me da sosiego
la braveza natural.
¿Ha mucho que el general
fué á la ribera?
TELLO. Fué luego.
REY. Con qué enojo escucho y trato
hasta las cosas más viles:
ó tengo el alma de Aquiles,
ó me engendró Viriato.
Desde aquella sombra helada
que estoy por instantes viendo,
luego en cólera me enciendo;
muero por sacar la espada
con alma tan ofendida,

que cualquiera pienso que es
quien dió muerte á doña Inés
y me ha quitado la vida.
(*Vanse y sale* Roberto.)

ESCENA XVI

ROBERTO.

En la mayor confusión
que hombre se ha visto jamás
vengo, amor, donde me das
para tenerla ocasión;
celoso estoy con razón,
porque el favor que he tenido
por agena mano ha sido,
y bien puede haber engaño,
no en los celos cuyo daño
¿cómo puede ser fingido?
Que es el Rey tengo pensado
el que tiene á Blanca amor;
que menos competidor
ya le hubiera declarado.
Ser don Vasco su privado,
es más cierto fundamento,
pues ¿qué esperáis pensamiento
en tanta desconfianza?:
que es locura la esperanza
que ha de parar en el viento
Playa del mar lusitano,
puerta ilustre del Oriente,
aquí de mi reino ausente
vine huyendo de mi hermano;
pero ya pretendo en vano
del rey don Pedro el favor,
que sí á Blanca tiene amor
presto me ha de aborrecer,
porque el supremo poder
no admite competidor.
Si fuere el Rey, Blanca hermosa,
aunque Elena me ha contado
que es mi amor de vos pagado,
dejaré, que es justa cosa,
la pretensión amorosa;
que, fuera de ser quien es,
y tan bravo, que á sus pies
tiene el mundo, fuera error
tener en cosas de amor
competidor portugués. (*Sale* Vasco.)

ESCENA XVII

DICHOS y D. VASCO.

VASCO. Amor, donde la esperanza
que se funda en fe más pura
no tiene cosa segura
mientras que su fin no alcanza;
pues con tal desconfianza
me trae de Blanca hermosa,
permite á un alma celosa
impedir á un nuevo amante
porque no pase adelante
su pretensión amorosa.
En decirle mi afición
bien sé que no soy discreto,
¿pero qué amor fué secreto
si celos dan la ocasión?
Puesto vengo en confusión;
que callar es dar lugar
que su amor pueda aumentar;
y decir que tengo amor
es declarar el favor
y dar á Blanca pesar.
Pedir celos no he querido;
porque están de agravios llenos,
y porque es tenerme en menos,
que de quien yo celos pido,
el amor que está dormido
suele despertar con ellos:
sufrillos ó no tenellos
fué siempre mayor razón;
que por la misma ocasión
viene el agravio tras ellos.
Ya Roberto ocupa el puesto;
honra ó amor le han forzado;
mayores celos me ha dado
el verle venir tan presto.
A todo viene dispuesto;
mas no es á su sangre igual
que, siendo honor su caudal,
desde Polonia y sus hielos
traiga una nave de celos
á vender á Portugal.
ROBERTO. Vasco me parece aquél.
Él es; ¿qué es esto don Vasco?
VASCO. Venir á volver por mí.
ROBERTO. ¿Vos por vos, cuando yo aguardo
á quien quiere á doña Blanca?
VASCO. Yo soy quien la quiere tanto
que he de quitarle la vida
al que quisiere estorbarlo.
ROBERTO. No, Vasco, no puede ser:
el Rey aquí os ha enviado;
él la quiere, y vos queréis
cerrar á mi amor el paso.
VASCO. Yo os he dicho la verdad,
y si estáis determinado
de servir á Blanca, oidme:
Esa es la mar, éste el campo:
ó navegar por allí,
ó aquí morir peleando.
ROBERTO. Entrambas cosas haré;
porque después de mataros,
será fuerza navegar,
y librarme navegando.
VASCO. ¿Sabéis bien quién soy?
ROBERTO. Ya sé
que el Rey no me hubiera dado
á menos huésped que á vos.
VASCO. ¿Y es nobleza ser ingrato?
ROBERTO. No es aquesta ingratitud,
sino presunción de bravo:
que quien entre en Portugal
os honra con imitaros.
VASCO. Sacad la espada.

ESCENA XVIII

DICHOS, *el* REY, TELLO *y* TRISTÁN.

REY. ¿Qué es esto?
VASCO. El Rey, por Dios.

ROBERTO. ¡Caso extraño!
REY. ¿Así los huéspedes riñen?
VASCO. Señor.
REY. No hay que disculparos:
ya sé la ocasión, Roberto,
y que tenéis culpa entrambos:
vos en querer alterar
el reino, de ayer llegado,
y Vasco en no hablarme á mí,
que supiera remediarlo.
¡Vive Dios que el reportarme,
más que cordura, es milagro!:
yo no quiero que de hoy más
me llamen don Pedro el Bravo;
yo veo espadas desnudas,
y ningún respeto humano
tiene embainada la mía.
ROBERTO. Si yo pensara enojaros.
REY. Bueno está.
VASCO. General vuestro
en mar y tierra me llamo;
si aquí habéis de ser juez,
señor, y no Rey airado,
pues decís que habéis sabido
la ocasión, á suplicaros
me atrevo que me escuchéis.
REY. Nunca estuve tan despacio.
La condesa doña Blanca,
que es sólo en lo que reparo,
¿cuál de los dos favorece?
ROBERTO. Mis favores no son tantos
que pueda alabarme dellos;
basta que me haya contado
su prima Elena que estoy
en su gracia.
REY. ¿Quién ó cuándo
os llevó á verla?
ROBERTO. Señor,
don Vasco, recién llegado.
REY. No tenéis culpa en quererla;
pero habiéndoos avisado,
¿cómo la podéis servir
sin hacer á Vasco agravio?
La ley de amigo y de huésped,
¿no obliga á un noble?
ROBERTO. No hallo
disculpa; perdón le pido;
y á vos, señor, de enojaros.
REY. Vencido habéis mis enojos:
¿vos, general, en qué estado
tenéis el amor de Blanca?
VASCO. Ha que la sirvo seis años
sin haberme hecho favor;
mal dije, pues me ha dejado
servirla sin que se ofenda.
REY. ¡Qué cortesano recato!
TRISTÁN. Esté cierto vuestra alteza
que en su servicio y palacio,
como don Vasco, no tiene
tan valeroso fidalgo.
REY. Lisonja me hacéis, Tristán;
y si como éste es hermano
de un rey, y al fin extranjero,
que viene á buscar mi amparo,
fuera del reino, por Dios,
que hubiera metido mano
y quitádole la vida
en defensa de don Vasco.
¿General?
VASCO. Señor.
REY. Yo quiero
hoy de mi mano casaros.
VASCO. Venturoso yo, si hoy quedo
casado de vuestra mano.
REY. Yo sé que hoy habéis tenido
un papel con un retrato;
Blanca os quiere; ya sabéis
que su padre don Fernando,
sus dos hijos me encargó,
y que, muerto don Gonzalo,
para mayor dicha vuestra,
Blanca hereda sus estados.
Ya sois conde de Ademira,
y yo á su dote os añado
seis mil escudos de renta.
VASCO. Las estampas que dejando
van vuestros pies, son envidia
de mi boca.
REY. Tristán, vamos.
TRISTÁN. Conde, el parabién os doy.
(Vanse el Rey *y* Tristán.*)*
ROBERTO. Y yo voy desesperado,
lleno de celos y envidia.
(Vase Roberto.*)*

ESCENA XIX

DON VASCO *y* TELLO.

TELLO. ¿Puedo besarte la mano?
VASCO. No, Tello, que al Rey dijiste
lo del papel y el retrato.
TELLO. Gentil agradecimiento
si por esto estás casado.
VASCO. Ahora bien, yo te perdono,
Tello, mas pues eres sabio,
advierte que entre los nobles
se tiene á término bajo
decir á nadie el favor.
TELLO. Esos estilos tan altos
son del tiempo de Amadís;
que agora hay muchos hidalgos
que cuentan lo que no han hecho
como si hubiera pasado. *(Vanse.)*

JORNADA SECUNDA

ESCENA PRIMERA

CONDESTABLE *y* TRISTÁN DE SILVA.

CONDESTABLE.
De cuantas novedades en mi ausencia,
Tristán de Silva, referís, ninguna,
puede estar con el gusto en competencia
de ver casada á Blanca.
TRISTÁN.
Si hay alguna
que pueda celebrar vuestra excelencia,

de su real sangre y su mayor fortuna,
es ver casada á Blanca, su sobrina.
CONDESTABLE.
Digo que fué disposición divina.
Muerto su padre y su gallardo hermano,
fué todo mi cuidado la Condesa,
temí que caballero castellano
gozase, á mi pesar, tan alta empresa;
Vasco es honor del reino lusitano,
Vasco, de la nobleza portuguesa,
lustre y valor, y en la extranjera tierra,
valiente por la paz y por la guerra.
TRISTÁN.
El día de sus bodas, sumamente
fué de toda Lisboa celebrado,
honrándolos el Rey como pariente,
sino digo mejor como á privado.
CONDESTABLE.
¡Oh, cuánto me pesó de estar ausente!
TRISTÁN.
Mucho, señor, hubiérades honrado
el regocijo y fiesta de aquel día.
CONDESTABLE.
Las cartas tuve allá cuando venía.
TRISTÁN.
Alabaros de Blanca la hermosura
aquella noche, fuera empresa vana;
que digna fué su celestial pintura
de no admitir comparación humana.
El bañado jazmín en plata pura,
la púrpura en clavel, la rosa en grana,
no igualaron su rostro que tenía
aquella luz con que se afeita el día.
Galán Vasco de Acuña, acompañado
de toda la nobleza, se presenta
airoso en la ocasión, como soldado;
que es guerra amor, y parecerlo intenta.
CONDESTABLE.
¡Dichoso el que se casa enamorado,
si aquel amor hasta morir sustenta!
TRISTÁN.
Si la dama después no desmerece,
amor es niño y con los años crece.

ESCENA II

DICHOS, *el* REY, VASCO *y* TELLO.

REY.
Esto me escriben del Algarve ahora;
mirad si es justo que me cause pena.
VASCO.
Traición extraña y digna de castigo.
CONDESTABLE.
Vuestra alteza me dé sus pies reales.
REY.
¡Oh, Condestable!, á tiempo habéis venido
que en tanta pena me daréis consuelo.
CONDESTABLE.
Muchos años, señor, os guarde el cielo.
REY.
¿Cómo en Castilla os fué?
CONDESTABLE.
No hay cosa en ella
que al nuevo rey, señor, no esté rendida.
Ya queda don Enrique, rey pacífico
y olvidado también su muerto hermano;
que se quejaba el reino castellano,
de la fiera crueldad del rey don Pedro.
El parabién le dí, mostrando el gusto
que de vuestra amistad y paz es justo.
Aquí responde. *(Dale una carta.)*
REY.
Muerto su hermano,
no habrá contradicción en todo el reino.
CONDESTABLE.
Esta muerte y prisión, los castellanos
han sentido, señor, con grande exceso [1].
REY.
Que fué valiente príncipe, os confieso.
TRISTÁN. *(Ap.)*
Como él es tan cruel, disculpa á un hombre,
de quien se precia de imitar el nombre.
REY.
Descansad, Condestable, que mañana
trataremos despacio destas cosas.
CONDESTABLE.
Que fueran sospeché, dificultosas.—
Vasco, dadme los brazos.
VASCO.
Todo el pecho
como siempre os lo dí.
CONDESTABLE.
Grande alegría
me ha causado de Blanca el justo empleo.
VASCO.
Yo sé vuestro valor, vos mi deseo.
(Vase el Condestable.*)*

ESCENA III

El REY, DON VASCO, TRISTÁN *y* TELLO.

REY. ¿Vasco?
VASCO. Señor.
REY. ¿Qué he de hacer
para poder castigar
quien me ha dado tal pesar?

---

1 Como ya observó Hartzenbusch, falta algo en este lugar. La muerte y prisión serían probablemente de algunos partidarios del rey D. Pedro, como por ejemplo, el Maestre D. Martín López de Córdoba, inícuamente degollado por D. Enrique. El pasaje sería tachado por la censura.